

Molloy, Sylvia

Varia imaginación. - 1a ed. - Rosario : Beatriz  
Viterbo Editora, 2013. - (Ficciones)  
E-Book.

ISBN 978-950-845-275-7

1. Narrativa Argentina.

CDD A863

Biblioteca: Ficciones

Ilustración de tapa: Daniel García

Primera edición en papel: julio de 2003

Primera reimpresión: mayo de 2004

Segunda reimpresión: abril de 2007

E-book: julio de 2013

© Sylvia Molloy

© Beatriz Viterbo Editora

España 1150 (S2000DBX) Rosario. Argentina

[www.beatrizviterbo.com.ar](http://www.beatrizviterbo.com.ar)

[info@beatrizviterbo.com.ar](mailto:info@beatrizviterbo.com.ar)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

# **Familia**



## Casa tomada

En vísperas de partir para Buenos Aires, me llega la noticia de que la casa de mis padres ya no está. En realidad el mensaje es confuso: me llega por interpósita persona, un amigo que acaba de volver de la Argentina le comenta algo así a su mujer, quien me da la noticia: Pablo fue a Olivos y dice que. No queda claro qué es lo que dice Pablo, si la casa ha sido demolida para edificar algo nuevo en su lugar, o si la han reconstruido hasta volverla irreconocible. Las dos perspectivas son drásticas; desde luego, llevada por el aparente dramatismo del mensaje, elijo la primera y me indigno. ¿Cómo han podido demoler la casa de mis padres?

¿Por qué le importa tanto la casa de mis padres a Pablo, mucho más joven que yo, quien posiblemente no había nacido o era muy chico

cuando yo me fui de la Argentina? Porque Pablo iba a un colegio inglés, al lado de esa casa, y recordaba cómo en los recreos a los chicos se les caía continuamente la pelota en el jardín de mis padres, y había que ir a buscarla pidiendo muchas disculpas a una señora de cierta edad (mi madre) que siempre los recibía de mal humor. Debo decir que cuando descubrimos ese recuerdo compartido, Pablo y yo, sentí como que recuperaba a un pariente. Pero yo recuerdo aquellos incidentes entre mi madre y los chicos del colegio con detalles que Pablo no recuerda o no quiere decirme que recuerda. Por ejemplo que mi madre, excedida por el continuo desfile de chicos que venían a reclamar la pelota, había instaurado un régimen de confiscación, según el cual sólo devolvía las pelotas vagabundas los viernes después de clase. Previsiblemente, esto no contribuía a su popularidad con el alumnado, el cual en horas de recreo, si veía a mi madre en el jardín, le gritaba todo tipo de improperios, con abundantes referencias a genitales propios y ajenos. Era entonces cuando mi madre, que tenía por entonces casi setenta años, adoptaba poses trágicas junto al cerco de ligustro, lanzando primero admoniciones a las maestras que, ocupadas en charlar en un

ángulo del patio, no vigilaban a los alumnos (“Señoritas maestras, llamen al orden a sus alumnos que me están faltando el respeto”) y luego imprecaciones sin destinatario, del tipo “No sé cómo no tienen vergüenza, este es un colegio boliche”. No, Pablo no me ha comentado estas escenas tragicómicas, acaso porque no quiere, o porque cuando él fue al colegio mi madre había abandonado su régimen de retención de pelotas. O acaso porque no se acuerda.

Me irrita que me llegue esta noticia justo antes de viajar a la Argentina, cuando me siento precaria en grado sumo. Una vez instalada en mi hotel, salgo a almorzar con amigos, me preguntan si quiero dar una vuelta y digo, como al descuido, por qué no vamos a Olivos. La casa está igual que la última vez que la vi, hace unos pocos años, cambiada, sí, de cuando yo vivía en ella (hace años los nuevos dueños ampliaron la sala, hacia el frente) pero todavía reconocible. Hasta están las plantas que le gustaban a mi madre, una Santa Rita al frente, un sauce llorón detrás. Me tranquilizo: todo está en orden.

Cuando a mi regreso hablo con Pablo, le digo cómo se te ocurre mandarme decir que demolieron la casa, si sigue en pie. Pablo in-

siste, pero está totalmente cambiada, le han agregado casi un edificio entero, de dos pisos, enorme, y tampoco está el patio del frente, ni un árbol enorme del que me acuerdo muy bien. Pero el patio y el sauce estaban detrás de la casa, no adelante, le digo, y la casa está apenas ampliada, sigue igual. Porfía que no, que ya no es la misma casa sino otra, y que el árbol estaba al frente. Me doy cuenta de que es inútil insistir en lo contrario. Acaso los dos tengamos razón.

## Curas

Se llamaba Quintana, no recuerdo su nombre de pila pero mi madre le decía así, hola Quintana necesito que vengas mañana (porque Quintana se tuteaba con todo el mundo), tengo a las chicas enfermas. Era enfermero y daba inyecciones a domicilio, no sé bien de qué, de algo que curaba gripes y resfríos invernales. Era una práctica tan inútil como festiva porque Quintana hablaba hasta por los codos y era divertido, a ver, boca abajo en la cama, m'hijita, no me llore que no va a sentir nada, cuando pincha Quintana no duele y sí sana, mirá si yo voy a hacerte mal, así quietita querida, no ves que no te dolió y ya está, pinchó Quintana, pinchó, y ahora a otra cosa, chau, que se va Quintana. Y así, como una ráfaga, pasaba Quintana, de quien recuerdo la voz algo arrastrada, con un leve acento provinciano, y el olor

a agua de colonia. Recuerdo el pequeño calentador de alcohol en que brevemente hervían las jeringas y agujas, y también que mi madre le tenía preparadas unas toallas blancas de hilo, muy planchadas, para que se secara las manos después de lavárselas, antes de administrar la inyección. De vez en cuando reconocíamos su auto estacionado frente a alguna casa, o lo cruzábamos en la avenida, y mi padre tocaba la bocina y decía ahí va Quintana a pinchar algún traste.

Pero sobre todo recuerdo una vez que yo sola estaba enferma y vino Quintana, que acababa de quedarse viudo. Andaba desganado, se ha quedado muy solo, observaba mi madre. Se le notaba en la cháchara, forzada, como una representación que ha perdido su gracia. Me dio la inyección (que no me dolió) y me dijo que estaba muy triste, y luego me dio vuelta en la cama, y me bajó los calzones hasta los muslos, dejame que te vea querida, y me acarició diciéndome cómo te parecés a mi mujer, pobrecita, y por un instante apoyó la cabeza contra mi vientre y me besó, y vi de muy cerca su pelo engominado. Luego se levantó y se fue.

No sé donde estaba mi madre esa tarde. Tampoco recuerdo si le dije algo, pero si no,

algo adivinó, porque Quintana no volvió a casa. Desde entonces, recurrimos a otras curas, igualmente ineficaces, para nuestros resfríos y gripes.



## Costa atlántica

Dos recuerdos se mezclan. Vacaciones en Punta Mogotes, de chica, en un hotel muy viejo, de fachada descascarada. Pasamos por otro hotel, cerca del nuestro, y mi madre dice, como al descuido, allí paraba Edda Mussolini, dice Alberto que un día la vio, siempre sola. Vagamente sé quién es Mussolini, me dicen que Edda es su hija, que pasó un tiempo en la Argentina. Me la imagino a Edda Mussolini muy triste, sentada en una roca mirando el mar, con una capa oscura sobre los hombros. Esta imagen no me deja: varias veces le pido a mi padre que pasemos por ese hotel, miro con atención para ver si sorprende a Edda Mussolini sentada en una roca. Más tarde me dicen que una escritora llamada Alfonsina Storni se mató tirándose en el mar, desde dónde, quiero saber yo. Me imagino que acaso de la roca donde se sentaba Edda Mussolini.

Punta Mogotes era triste, pero no misterioso. En cambio Mar del Sur era desasosegante, una suerte de finis terrae, con su único hotel, al cabo de interminables caminos de tierra. Fui con mis padres una vez, desde Punta Mogotes, quisimos tomar el té en el hotel, parecía no haber huéspedes; éramos los únicos en un comedor que se me antoja frío, aunque era verano. Un pianista tocaba boleros, qué mal toca este hombre, dijo mi padre, que todavía no se había quedado sordo.

Volví a Mar del Sur en 1987, por curiosidad. Estaba el hotel, como siempre, muy venido a menos. Atrás, en lo que había sido el jardín, había escombros, ladrillos y pedazos de revoque entre los tuyos. Creímos ver a alguien que nos espiaba por una ventana. Cuando entramos había dos personas en el hall de recepción, nos miraron con mirada vacante y no parecieron entender nuestras preguntas. Intentamos seguir el recorrido pero nos atajó una mujer con ojos desconfiados y autoridad evidente que salió a nuestro encuentro y nos dijo que no podíamos pasar. Protestamos: queremos visitar el hotel, preguntar cómo se hacen las reservas. Nos contestó: el hotel no se visita y por favor retírense inmediatamente. Pensamos: esto ya no es un

hotel, hay un ambiente raro, ¿será un asilo?

También volví a Punta Mogotes, pero todo estaba tan cambiado que no reconocí nada. No encontré el hotel donde paraba Edda Mussolini. Alguien dijo en chiste sería el Hotel Sasso y tuve que pedir que me aclarara la referencia.



## Homenaje

Plumetí, broderie, tafeta, falla, gro, sarga, piqué, paño lenci, casimir, fil a fil, brin, organza, organdí, voile, moletón, moleskin, piel de tiburón, cretona, bombasí, tobralco, terciopelo, soutache, cloqué, guipure, lanilla, raso, gasa, algodón mercerizado, bramante, linón, entredós, seda cruda, seda artificial, surah, poplin dos y dos, dril, loneta, batista, nansú, jersey, reps, lustrina, ñandutí.

*La Exposición. La San Miguel* de Elías Romero. *La Saida*. Los turcos de la calle Cabildo. Los saldos.

Canesú, rangland, manga japonesa, canotier, talle princesa, traje trotteur, pollera plissée, pollera tableada, pollera plato, pollera tubo, un tablón, una bocamanga, un respunte, un añadido, una pinza, una presilla, un hilván, las hombreras, ribetear, enhebrar, una pestaña,

vainilla, punto yerba, un festón. La sisa, la hechura.

Recuerdo estas palabras de mi infancia, en tardes en que hacía los deberes y escuchaba hablar a mi madre y a mi tía que cosían en el cuarto contiguo. Reproduzco este desorden costurero en su memoria.

## Schnittlauch

Los recuerdos de los años cuarenta, de los comienzos de los años cuarenta, me asaltan a veces con la fuerza de los miedos mal resueltos, esos que dejan una marca en el cuerpo, como un temblor. A la inseguridad general de la infancia se agrega otra, difícil de definir. Había una guerra, en Europa. Recuerdo tag sales (más tarde se llamarían ferias americanas) organizadas por mujeres inglesas a beneficio de los aliados, recuerdo que en una mi madre, que no hablaba inglés y no se sentía demasiado cómoda en esos acontecimientos donde la comunidad británica se lucía at its brave and cheerful best, mi madre, digo, me compró un caballito de madera, de esos que son como un palo de escoba con rueditas en un extremo y una cabeza de caballo en el otro. Recuerdo oírle decir a mi madre que a mis primos, hijos de una hermana suya y alumnos del colegio

militar, sólo les transmitían los partes de guerra del eje. Los entrenan para nazis, decía, con la satisfacción de quien predice la desdicha. Recuerdo que el 4 de junio de 1943 mi madre me fue a retirar del colegio, no me dejó jugar en el jardín, y me hizo entrar, a pesar de que había un sol radiante. Miraba al cielo, como buscando aviones, mientras me empujaba apurada hacia la puerta de casa. Pensé que nos estaban por bombardear, como en Europa. Oí por primera vez el nombre de Perón.

Mi madre tenía una amiga de familia alemana de quien ella misma decía que era nazi, aunque al mismo tiempo decía que era probablemente judía. Habían sido compañeras en la escuela primaria y secundaria. Suponía que Berta venía de una familia judía pero no lo decía, y se había casado con alguien que venía de una familia con simpatías nazis que tampoco lo decía. La evidencia en la que se basaba mi madre cuando emitía sus juicios era tenue: por un lado, un apellido de soltera que a menudo (pero no siempre) era judío; por el otro, el hecho de que en esa casa de melómanos, decía mi madre, se dejó de oír durante la guerra música de compositores judíos, Mendelssohn estaba prohibido. No sé cómo sabía esto con tanta

seguridad mi madre, ella cuya ignorancia en cuestión de música era ejemplar.

Un verano, en lugar de ir a la playa, como solíamos hacer, mi madre, mi hermana y yo fuimos a pasar una temporada en la quinta de Berta en Pilar. ¿Habría sido para economizar? ¿Se habrían peleado mis padres? Dormíamos en un mismo cuarto, enorme, mi madre, mi hermana y yo. Mi padre venía algunos fines de semana, no todos; lo íbamos a buscar a la estación en el break. Berta tenía una tía vieja a quien llamaba Tante Guitte y a quien mi hermana y yo, para divertirnos, llamábamos Tanta Guita, cosa que no le hacía gracia. Creo recordar que mi madre estaba triste.

Nunca entendí la amistad entre mi madre y Berta, de quien decía, además de que era probablemente judía y nazi por alianza, que le gustaba demasiado divertirse y que El Alemán (como todos llamaban genéricamente a su marido, incluida la propia Berta), no se enteraba de nada. Pienso ahora que tanta extranjería, por contradictoria no menos reprehensible –lo judío, lo nazi, el adulterio–, configuraban para mi madre una zona oscura, a la vez atractiva y repelente, donde esa amistad florecía. De vez en cuando venía un amigo de Berta, muy

simpático, a quien llamábamos tío Ernesto, y pasaba la noche. También era alemán, no sé si judío, no sé si nazi. Dormía con ella.

Recuerdo, sí, un día que se pelearon, mi madre y Berta, por un detalle. Mi madre, que se había ofrecido a supervisar la cocina en retribución de la invitación, creo, preparó ella misma un arroz al que le añadió cebollines. Berta dejó su porción casi intacta, cosa que mortificó a mi madre quien le preguntó, acudiendo a una de las pocas palabras que conservaba de su infancia francesa, acaso por inseguridad o para realzar la importancia del plato desdeñado, ¿no te gusta la ciboulette? No me gusta el schnittlauch, este arroz tiene gusto a fonda, le contestó Berta creyendo hacerse la graciosa. Mi madre se levantó de la mesa.

Al día siguiente ya eran de nuevo amigas. Mi madre me contó que había pasado mala noche, estaba desvelada, recuerdo que me dijo ¿no me oíste? Me la pasé diciendo schnittlauch en voz alta, hasta que me quedé dormida.

## Saber de madre

El francés ocupa en mi vida un lugar complejo, está cargado de pasiones. De chica quise aprenderlo porque a mi madre le había sido negado. Hija de franceses, sus padres cambiaron de lengua al tercer hijo. Mi madre era la octava. En lugar de hablar francés con la familia, mis abuelos pasaron al español, hablando francés sólo entre ellos. Yo quise recuperar esa lengua materna, para que mi madre, al igual que mi padre, tuviera dos lenguas. Ser monolingüe parecía pobreza.

El francés cobró nuevo ímpetu en mi vida cuando empecé a estudiar literatura francesa. Me deslumbró una profesora, apenas diez años mayor que yo. Era infeliz en su matrimonio, o por lo menos así decían. Adapté mis gustos literarios a los suyos: Racine era mejor que Corneille, Proust más interesante que Gide. Adquirir esta última preferencia fue difícil, como

más tarde fue arduo pasar, también a causa de una mujer, de preferir perros a preferir gatos, pero el amor lo puede todo. Fue difícil porque secretamente me reconocía más en Gide: en su protestantismo, en sus interminables debates morales acerca de una sexualidad que yo adivinaba ser la mía aunque no estaba del todo segura, en la eficacia de ciertas frases suyas aprendidas de memoria, a modo de talismán, que aún, con mayor o menor exactitud, recuerdo: “Chacun doit suivre sa pente, pourvu que ce soit en montant”. Proust no apelaba a mis preocupaciones éticas de adolescente de la misma manera.

Mi profesora de francés quería practicar inglés, me sugirió que intercambiáramos lecciones. Yo iba a su casa dos tardes por semana, cuando estaba sola. Sus hijos, todavía pequeños, estaban en la escuela. Hacíamos resúmenes de libros que habíamos leído, conversábamos, ella necesitaba perfeccionar su ortografía y me pedía dictados. Recuerdo una vez que abrí al azar el libro que ella estaba leyendo y empecé a dictar un párrafo cualquiera, sin fijarme demasiado en el contenido. Sólo recuerdo que al llegar a una frase que decía que el protagonista “gave a low, sexual laugh”,

o algo por el estilo, me turbé, pero logré seguir adelante. Tenía miedo de que se diera cuenta de algo, que pensara que había elegido el pasaje a propósito. Siempre pensé que ese libro era *Tono Bungay* de H.D. Wells, no sé bien porqué. Hasta el día de hoy no he localizado aquella frase.

Llegó el día en que mi profesora anunció que se marchaba de la Argentina. Su marido, empleado consular, había sido trasladado a Istanbul. Dimos nuestra última clase de conversación, luego llegó el marido, me ofreció algo de tomar, y se me fue la bebida a la cabeza. En el momento de despedirme, no supe qué decir, torpemente estreché manos, formalmente y en silencio. Esa noche dormí mal, lloré. Me sorprendió mi madre, a quien sólo le dije que estaba triste porque no me había despedido como correspondía de Madame X. Al día siguiente mi madre apareció con un par de juguetes. Son para los chicos, me dijo, lleváelos, decile que ayer te olvidaste. Así podés darle a Madame X el beso que no le diste.



## Enfermedad

La relación con la enfermedad es siempre complicada, mediada por temores, negaciones, conjuros. De chico, la responsabilidad de la enfermedad reposa en la madre: es ella quien dictamina que se está enfermo, previa consulta con el termómetro. La madre, no el cuerpo del hijo. De chico se está enfermo pero no se sabe decir “estoy enfermo”. Tampoco de adulto: por lo menos ese es mi caso. He tenido cáncer dos veces. En los dos casos, me extrajeron un tumor. La gente me preguntaba, al poco tiempo, ¿cómo te sentís? Y yo contestaba “bien”, pero la verdad es que no había dejado de sentirme bien –es decir, de sentir que mi cuerpo no tenía nada– salvo por el hecho de que tenía cáncer. Me siento bien; tengo cáncer. El presente del verbo me molestaba, le pregunté a quien me atendía cómo debía referirme a la enfermedad, decir “tengo” o “tuve”. “Tuve” me contestó con

firmeza. Pero a los tres años “tuve” otro.

Este es un territorio peligroso, lo sé. Con la enfermedad no se juega, ni para contar sus visitas. Acaso debería callar. Pero hoy me duele el costado derecho y estoy desganaada y tengo el cuerpo muy presente. Hoy me siento enferma.

Recuerdo una mujer que vivía a una o dos cuadras de la casa en que me crié. La conocíamos porque sus hijas iban al mismo colegio que mi hermana y yo pero el contacto no iba más allá del saludo cordial y de alguna que otra conversación entre ella y mi madre. Era muy linda. Mi madre admiraba sus movimientos, tan linda, tan derecha, decía, tan atlética, y yo creía adivinar en el último adjetivo (que no en los dos primeros) cierta desaprobación. Por la ventana, mientras almorzábamos mi madre y yo, la veíamos pasar, “ahí va la de Gómez, decía mi madre, mirá qué erguida, se lleva el mundo por delante”. Yo no recuerdo tanto su andar como el hecho de que tenía caderas muy estrechas, como un muchachito.

A la de Gómez, que se llamaba Lucrecia, nombre enormemente sugerente para la adolescente que yo empezaba a ser, le diagnosticaron cáncer en un pecho. En esa época, la solución, si así cabe llamarla, era radical: le amputaron

los dos. Se recuperó rápido, y volvimos a verla pasar por la vereda de casa, siempre erguida. “Mirá a la de Gómez, decía mi madre, de nuevo tan buenamoza, tan derecha, tan segura. Pero –agregaba solemnemente, como si hubiera practicado la frase muchas veces– el cáncer no perdona”. Mi madre, especialista en enumerar (y acaso gozar de) desgracias ajenas, adjudicándoles un leve valor moral.

Más de una vez pensé en esta frase cuando tuve cáncer, cuando iba diariamente al hospital. He reprimido la sala de radiación, la cara de los enfermeros, incluso la camilla donde, lo sé, me tendía para recibir los rayos. En vano intento recordar, pero mi memoria sólo llega hasta la sala de espera, después se confunde, se nubla. Recuerdo, sí, el sonido de la máquina de rayos, mezcla de chicharra y de estertor. Eso, y la frase de mi madre.



## Pariente

A menudo recurro a los buscadores electrónicos, menos para informarme que para encontrar algún detalle interesante, algún chisme. De chica, hacía lo mismo con la guía telefónica. Buscaba el apellido de mi padre para ver quién más, en Buenos Aires, lo llevaba: la tarea era ingrata, ya que el apellido, común en Irlanda, era raro en la Argentina. También buscaba el apellido de soltera de mi madre, que sí tenía parientes, y encontraba a sus hermanos, mis tíos, y a veces a mis primos. Buscaba luego apellidos de chicas del colegio, sobre todo esas chicas de quienes yo no era amiga y a quienes secretamente envidiaba, para ver cómo se llamaban los padres, dónde vivían. Aprendía de memoria los números de teléfono de mis favoritas, a veces, en presencia de alguna, mencionaba el nombre de la calle

en que vivía, pongamos Juncal entre Rodríguez Peña y Montevideo, para ver si reaccionaba.

Cuando descubrí la posibilidad de usar los buscadores electrónicos recuperé aquella curiosidad, el placer vicario de espiar al otro. Busqué de nuevo apellidos de familia, esta vez con menos éxito ya que, por los dos lados, quedan pocos parientes y, hay que decirlo, no son famosos. La guía era una agrupación democrática: para figurar en ella bastaba tener teléfono, lo cual fuera acaso un pequeño lujo en la Argentina de entonces, pero un lujo compartido por unos cuantos. En cambio, el buscador sólo suministra nombres que son noticia. Bajo el apellido paterno encontré algunos atletas, el nombre de un college en el estado de Nueva York, y me encontré a mí misma. Bajo el materno encontré referencias francesas. Había varias entradas sobre funcionarios, médicos, glorias locales del sur de Francia, país de donde habían partido mis abuelos cuando emigraron a la Argentina. Sí encontré dos entradas en la Argentina, una referida a una mujer que se ha destacado en no sé cuál ciencia exacta, acaso parienta mía, acaso hija de un primo. La otra entrada es menos inocua. Es una lista publicada por una de las agrupaciones

de parientes de los desaparecidos que nombra a secuestradores, torturadores, y demás cómplices del régimen de terror. Al recorrer la lista aparece el apellido materno, subrayado, y reconozco el nombre de un primo que ocupó un puesto prominente en una provincia durante la dictadura.

Lo recuerdo poco. Recuerdo, sí, el desprecio que le tenía mi madre porque era, decía ella, peronista, y luego se corregía y decía no, es un nazi, y es peronista porque es nazi, para eso le sirvió el Liceo Militar. Durante la guerra, agregaba mi madre, sólo les hablaban de las hazañas del eje, no les decían nada de las victorias aliadas. Ese primo era bastante mayor que yo y lo habré visto dos o tres veces en mi vida, en algún cumpleaños, vestido de uniforme. No lo reconocería.

Una de esas veces fue, precisamente, en el entierro de mi madre. Después de un responso hubo que presentar documentos y autorizar la cremación. Firmé yo, hacía falta una segunda firma, apareció mi primo, me recordó quién era, y luego, con serena autoridad, como pariente responsable, se dispuso a firmar. No me atreví a decirle que no, aunque sé que era lo último que hubiera querido mi madre.

He vuelto varias veces a esa entrada en el buscador, como queriendo arrancarle más datos, alguna explicación. Hace poco, no sé qué me llevó a comentarle a alguien mi descubrimiento. Me miró azorado y me sentí contaminada, culpable. Intenté poner distancia: No me trato con él, dije, pero no sé si me creyó.

# Viaje



## Últimas palabras

Hace un par de años, en la ciudad de México, visité la casa de Trotsky con mi amiga Miriam. Compramos las entradas, salimos al jardín para comenzar la visita, y se nos acercó una muchacha que se ofreció de guía. Al comienzo le dijimos que no pero como insistió cedimos. Nos llevó de sala en sala de esa casa más bien tristona, testigo de una muerte que se rememora cotidianamente, y a medida que avanzaba la visita la muchacha, con escasa sutileza, iba preparando el gran momento, montando el suspenso, cargando las tintas para, una vez llegadas al escritorio, tener toda nuestra atención. Entonces la muchacha floreció. Nos explicó prolijamente donde estaba sentado Trotsky, donde, detrás de él, estaba de pie Mercader, “el traidor de la humanidad”, y cómo había sido el golpe fatal. Nos dijo que Trotsky había gritado; que desde el cuarto vecino había acudido Natalia Sedova, su mujer, para auxiliarlo; que Trotsky había alcanzado a decirle, antes de que

lo llevaran al hospital donde murió (y aquí la muchacha ahuecaba la voz): “Esta vez lo han logrado, Natalia, pero seguirá viviendo nuestra causa que es la causa de todos los pueblos”, etc., etc. Me encantó ese dudoso parlamento final enunciado con tanto sentimiento, parlamento para el cual Trotsky habría necesitado mucho más aliento del que sin duda disponía después de la certera puñalada de Mercader. Dimos una propina a la muchacha.

El placer retórico de perfeccionar lo que habrán farfullado (o no) los hombres célebres (porque nunca las mujeres, salvo Juana de Arco) al sentir que morían, “Muero contento, hemos batido al enemigo”, “¡Ay, patria mía!”, “España, voy a España” (o su alternativa menos comprometida, “Palais Royal”), “Más luz”, “Bajen la luz”, o “Rosebud”, es innegable. Más tarde leí en algún lado que las últimas palabras de Trotsky a su mujer, ya en el hospital donde en vano trataron de salvarlo, fueron “No dejes que me desvistan ellos, desvísteme tú”. Por su patética intimidad resultan más satisfactorias. Nada asegura, sin embargo, que sean menos apócrifas que las que recita la muchachita mexicana, a diario, en su museo.

## San Nicolás

Mis padres creían en la salubridad, tanto física como moral, de las excursiones: respirar aire libre, fortalecer el núcleo familiar, y hay que conocer la patria, che, antes de irse afuera. (Es curioso: mis padres, que apenas habían viajado, de algún modo sabían que, aun de chicas, ese afuera nos tentaba). De esas excursiones poco recuerdo. En general me resistía a ir, quería quedarme en casa, terminaba por dejarme convencer, por las buenas o por las malas. Mi única preparación era llenar una bolsa de libros por si en algún momento del viaje me dieran ganas de leer. Mi padre se ocupaba de hacer la valija de la ropa y aceptaba con resignación mi manía infantil. Una vez que quise llevar todo un estante de mi biblioteca me paró en seco.

No recuerdo en detalle esas excursiones salvo una, a San Nicolás de los Arroyos, emprendida con el declarado propósito de visitar la ciudad donde se sancionó la constitución argentina. Visitamos el convento, nos recibió un

franciscano, muy alto y, creo recordar, bastante joven, de cara muy redonda y manera jovial: hacía chistes que le festejábamos mientras visitábamos el convento, qué ocurrente es, padre. Mi hermana tendría cinco años, lo miraba de reojo, escudándose detrás de mi madre que la tenía de la mano. Miraba a todo el mundo de reojo, mi hermana, qué pensás que te va a hacer la gente, comerte, le preguntaba mi madre para sacudir su desconfianza.

Cuando mi hermana empezó a lloriquear y a preguntar cuándo nos vamos, el franciscano se ofreció a cargarla en brazos, déjeme que le dé una mano, señora. Entonces comenzó la parte más complicada de la visita, de la que sólo recuerdo la cara redonda y colorada del monje, la mano libre que acariciaba el pelo muy rubio de mi hermana mientras hablaba de los edificios históricamente importantes, en esa sala se reunieron varias veces los constituyentes. La visita fue muy larga, creo que nos hizo ver algunas cosas dos veces, siempre con mi hermana en brazos, no se preocupe señora que no la voy a dejar caer, y siempre esa mano que acariciaba el pelo, la nuca, la mejilla, y la cara redonda, jovial, muy colorada.

Tuve prácticamente que arrancarle la chica,

decía mi madre cuando contaba el incidente, no te imaginás cómo la tocaba, era un escándalo. Sé que en ese momento no entendí la reacción de mi madre ni me pareció escandalosa la conducta del franciscano. Sé también que durante la visita me dio rabia que ella, mi hermana, fuera la preferida y no yo.



## Misiones

¿Para qué esa pileta en el patio, a lado de la puerta de la cocina?, preguntamos. No parecía una tina de lavar, más bien una piscina en miniatura. Ahí bañaba a los hijos, nos contestaron, y luego cuando crecieron guardaba víboras, la piletita se volvió serpentario.

Por la noche llegamos a un pueblo llamado Puerto Rico, al norte de San Ignacio, paramos en un tal Hotel Suizo. Los dueños eran, visiblemente, de origen alemán, hablaban castellano todavía con acento y guaraní (sin duda también con acento) con los sirvientes. En lugar de habitaciones había casitas tirolesas diseminadas por el parque descuidado, selvático; la mezcla de Heidi con Conrad era curiosa pero no desagradable. Hacía mucho calor, aun al atardecer, y no pudimos evitar bañarnos en una pileta de aguas turbias y perfectamente verdes. Por un caminito mal iluminado llegamos al comedor.

No éramos los únicos huéspedes: un matrimonio francés, él moroso, ella gárrula, estaban sentados en la mesa de al lado. La mujer, armada de una guía y un glosario, hacía esfuerzos por hablar castellano. Nosotros pedimos algo sencillo, evitando prolijamente la mesa de entradas y fiambres sobre la que se distraían los últimos rayos de sol y las moscas. La francesa, más atrevida, quiso probar algo típico, qué nos recomienda, preguntó en bastante buen castellano. Sin vacilar la mujer contestó, con su acento alemán, entonces las berenjenas, señalando una enorme y asoleada fuente. A esto siguió el desconcierto de la jota impronunciable, la consulta del glosario (la palabra faltaba), y mi intervención como lenguaraz. Aubergine, dije, no sin inquietud, recordando la acaso exagerada aunque no infundada desconfianza de mi madre por las comidas sin refrigerar. Los franceses devoraron grandes cantidades de berenjenas en escabeche, maravillándose de que fuera un plato típico del norte argentino, mais vous savez c'est un bouillon de cultures ici. Por la mañana, pese a mis temores, estaban vivos, intocados por el botulismo. Nos saludaron al vernos pasar. La dueña del hotel nos recomendó que volviéramos. Yo estaba a punto de

cruzar el umbral que daba al patio cuando me tiró de la manga haciéndome dar un paso atrás. Vimos deslizarse una viborita negra rumbo a una mata de arbustos. Estos bichos están por todos lados, dijo, tengan cuidado.

Llegamos a las otras ruinas de tarde, nos costó encontrarlas porque estaban dentro de lo que ahora es un presidio. Sólo vimos los restos de la iglesia central, quedaba muy poco más. Aunque sí, había un cementerio muy posterior a los jesuitas, con unas veinte o treinta tumbas carcomidas por la humedad. Todas las lápidas estaban en alemán, en letra gótica. La más reciente era de 1911. Pensé que en una tumba así estaría enterrado el Doctor Else pero no dije nada. No sabe quién es el Doctor Else, mejor me callo.

Me acuerdo de una frase, de pronto, y pienso que es de las más bellas de la literatura argentina: “Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.”



## 1914

El imaginario de las guerras es misterioso, sus invenciones imprevisibles. El de la guerra del catorce parece, a casi un siglo de distancia, particularmente rico en imágenes y objetos que la evocan, acaso porque es una guerra que, aún hoy, conserva un aura de patetismo: los campos de Francia sembrados de cruces blancas, las fatales trincheras, los soldaditos con cascos o con kepis, los caballos debatiéndose en el barro, Fresnay que trata de usted a su madre y a su mujer, el malvón de von Stroheim, *Sin novedad en el frente*, el tango *El Marne*, an English unofficial rose. Era el final de un mundo –o así, por lo menos, decían.

De chica, cuando iba a casa de mis tías, me gustaba mirar un grabado que colgaba en la pared de un dormitorio: una mujer desfalleciente, con amplio tocado de puntillas negras, abrazada a un heroico soldado que la sujeta con un brazo mientras que con el otro sostiene una

bandera francesa, mientras que a los pies de ambos yace un estandarte con un águila. Me hacía explicar su significado una y otra vez: la mujer era Alsacia, el estandarte pisoteado Alemania, el soldado que la salva, Francia. Esto había pasado en otra guerra, me explicaban, no, no en esta, hace mucho mucho tiempo, antes de que nacieras. Además del grabado, atestiguaban esa mitológica guerra anterior a mí (tan distinta al parecer de esta, de la que oía hablar a mis padres) dos objetos de bronce. Uno estaba en mi casa y había sido de mi abuela paterna: era un cenicero que constaba de un cuenco de metal sostenido por un trípode de balas entrecruzadas. El otro había sido de mi abuela materna: era un crucifijo hecho de balas con un cristo labrado, me explicaban, con municiones fundidas. Las balas eran idénticas a las del cenicero: largas y finas, puntiagudas, bellísimas. Desde Francia y desde Inglaterra, parientes de una y otra abuela habrían enviado estos recuerdos. Las dos familias, que tenían tan poco que ver entre sí pese al casamiento de mis padres, se relacionaban en Buenos Aires a través de estos pequeños horrores tangibles.

Al grabado y al cenicero los perdí de vista, no así al crucifijo, que resurgió aquí y allá a lo

largo de mi vida. Cuando murió mi tía lo recuperó, por alguna razón, mi madre y alguna vez lo vi en su mesa de noche. Luego, cuando mi madre se mudó, se lo llevó mi hermana, quien de chica lo veía sin duda con la misma fascinación que yo. Un comentario casual sobre el hecho de que las guerras son máquinas productoras de kitsch porque de otro modo su recuerdo sería intolerable hizo que a mi vez recordara el crucifijo y preguntara a uno de mis sobrinos por su paradero. Me lo trajo la vez siguiente que nos vimos; algo abollado, ahora es mío. Esta vez lo miré muy de cerca, vi que en la base había algo inscripto, con una lupa pude descifrar la palabra Albert. Como en el cuento de Borges, el crucifijo transmitía un mensaje cifrado, indicaba –no de antemano sino a posteriori– el lugar de uno de los desastres mayores de aquella guerra. Durante días me pregunté qué hacer con ese mensaje que llegaba para siempre demorado, cómo leerlo, luego me pareció un detalle literariamente frívolo y olvidé el asunto. Hasta ahora.



## Vichy

Leo el libro de Adam Nossiter, *Algeria Hotel*. El título retoma el nombre del hotel que, durante el gobierno de Pétain, pasó a ser el ministerio de cuestiones judías en Vichy. Nossiter recobra el abyecto pasado que los franceses hasta hace poco se empeñaban en reprimir, lo recobra a pesar de la resistencia, cuando no el olvido, de los habitantes de esa ciudad. Para las buenas familias de Vichy los judíos no eran problema, ellos en lo suyo, nosotros en lo nuestro, no eran problema pero eran, a decir verdad, un élément étranger. Al mismo tiempo (y la paradoja es sólo aparente) esos mismos burgueses contaban cómo ellos (o el vecino, o una prima, o un conocido) habían salvado a un judío escondiéndolo en su casa. El relato del “judío salvado”, prefabricado, invariable, los absolvía.

Recuerdo mi primera y única visita a Vichy a fines de los años cincuenta, para consultar el archivo de Valery Larbaud. Recuerdo que era

invierno, que el famoso Parc des Sources, con su casino y la fantasía orientalista de sus baños termales, rodeado de desteñidos palacetes de colores pastel, me pareció un lugar triste, como de una ciudad colonial francesa venida a menos, o por lo menos la imagen que yo me hacía de una ciudad colonial francesa venida a menos, digamos Alger, digamos Abidjan, digamos Saigon. Centro del mundo (de ese mundo que curaba sus dolencias con las aguas termales), centro de Francia (geográficamente y, en los cuarenta, políticamente), a fines de los cincuenta era, apenas, capital de provincia. Tan provinciana era que mi llegada fue un acontecimiento. Tímida estudiante extranjera de veinte años, fui noticia en la prensa local. Me invitaron a almorzar el alcalde y su mujer, muy impresionados de que alguien llegara de tan lejos (“beaucoup d’Argentins venaient prendre les eaux, de très riches Argentins, vous savez”) a consultar la oscura correspondencia de una gloria local, casi olvidada. Comí en esa casa una legumbre exótica (como correspondía a una ciudad colonial francesa), preparada en mi honor, crosnes du Japon. Visité a la viuda de Larbaud, que no había perdido del todo su acento italiano, y de quien me contaba la bib-

liotecaria que me hacía de guía que su marido la obligaba a vestirse de niña, c'était pour le moins curieux, n'est-ce pas.

Yo tenía veinte años, yo no pensaba en el pasado, no ataba cabos. Me divirtió, sí, la idea de que el plácido autor de *Fermina Márquez* tuviera fantasías pedófilas. Sólo ahora, cuarenta años después, al leer *Algeria Hotel*, me doy cuenta de que los buenos burgueses que me acogieron sin duda habían pasado la guerra en Vichy, que habrían visto al mariscal cuando salía a caminar por el Parc des Sources o cuando se asomaba al balcón todos los domingos para saludar a los colegiales que acudían a cantar (literalmente) sus loas, que habrían visto muchas otras cosas, quizás. (Creo recordar que la bibliotecaria se llamaba Madame Vignac. Nossiter entrevista a alguien con el mismo apellido, acaso ella misma, con poco éxito: no se acuerda de nada.) Pero de nada de eso se habló durante aquel almuerzo, y yo no pregunté. Durante años lo único que recordé de Vichy, más allá de su arquitectura que muy pronto se borró de mi mente confundándose con tantas otras, fueron la imagen de la anciana y enclenque Madame Larbaud a quien mi imaginación vestía de niña y el elusivo sabor de los crosnes du

Japon, que no he vuelto a probar.

## Patagonia

Últimamente me interesan textos de viajeros a la Patagonia. Cedo a una moda de lectura, lo sé. Pero más allá de ese interés más o menos cultural, la Patagonia marca recuerdos de infancia, sobre todo uno. Mi padre, gerente de un frigorífico, viajaba de vez en cuando a Río Gallegos. Acaso mi recuerdo sea de su primer viaje, si no no entiendo tanta ceremonia. Llega un auto del frigorífico de madrugada y mi madre, mi hermana y yo acompañamos a mi padre a Aeroparque, para despedirlo. En ese entonces (hablo de mediados de los cuarenta) Aeroparque consta de una serie de galpones descuidados y, a esa hora (que no necesariamente era de madrugada, en invierno todavía es de noche a las seis), prácticamente deshabitados. Un mozo cansado, detrás de un mostrador, prepara café. Tiene la radio encendida, oigo una música que durante mucho tiempo recordaré como la música más triste que conozco. Tendré ocho años. Desayunamos, nos despedimos de mi padre, mi

madre lagrimea (esto parecería confirmar que se trataba del primer viaje), le dice volvé pronto, viejo. El automóvil del frigorífico nos lleva de vuelta a casa. Empieza a clarear. Creo también que llueve, pero esto quizá sea recuerdo de un film cuyo título no necesito citar.

A este recuerdo, insólito (¿por qué saldría ese avión de madrugada, por qué habremos ido a despedir a mi padre?), se agrega otro, que también se vuelve cifra, para mí, de la Patagonia. Mi padre me cuenta al regreso de uno de sus viajes, acaso ese, el primero, que un viento brutal suele barrerla, un viento tan fuerte, dice, que suele tumbar a las ovejas y estas, impedidas por la abundante lana, no consiguen ponerse de pie y se quedan allí, tumbadas de costado, hasta que se mueren. A veces, antes de morir, los caranchos les comen los ojos. Hasta el día de hoy no entiendo por qué me contaba mi padre esta historia, sabiendo que me gustaban los animales, sabiendo que me impresionaría.

Años más tarde, ya adolescente, escuché de nuevo la música triste de aquella madrugada en Aeroparque y pregunté qué era. *Heartache*, me contestaron.

## Varia imaginación

Muerto mi padre, mi madre se replegó más y más en un mundo suyo, hecho de recuerdos y, sobre todo, de conjeturas, invariablemente catastróficas. Poco sabía de mi vida, sólo la mísera porción que yo, mezquinamente, le cedía para atajar sus preguntas. Ella suplía lo no contado con la imaginación; y se preocupaba. El dinero, o mi suelta relación con él, tan distinta de la suya. Mis amigos. Sonaba el teléfono y atendía: es para vos. Es hombre o mujer, preguntaba yo, para ubicar al hablante. No sé, contestaba molesta, qué amistades raras tenés, hija. Un día me dijo de repente: Tengo una preocupación y te quiero hablar, decime ¿vos tenés un hijo en París? La pregunta me tomó de sorpresa y a la vez me alivió: me eché a reír. Vas tan a menudo, no sé qué pensar, contestó, algo ofendida, y me arrepentí de haberme reído. Entonces tenés a alguien, insistió. Dije que sí, y a mi vez inventé, un amante, sí, cómo se llama,

Julián, es nombre raro para un francés, no te creas, hay una iglesia en París, y también un escritor, y también un vino, Juliéna. Dije todo esto para acallar sospechas, para no decirle que sí, no era un nombre frecuente, y que, además, era el nombre que usaba Vita Sackville West en sus correrías por París con Violet Trefusis. Yo siempre tan literaria: acababa de leer aquellas cartas.

Mi madre me preguntaba muy de vez en cuando por este amante imaginario. Creo que reconocía el artificio pero, al mismo tiempo, necesitaba creer en él. A los dos o tres años, en otra visita a Buenos Aires, decidí acabar con el engaño y le dije que Julián era, en realidad, una mujer. Quiso saber el nombre, se lo dije. ¿Es judía? preguntó; no me creyó cuando le dije que no. Quiso saber también si alguna vez había estado casada, no sé bien por qué. Divorciada, le dije, y entonces dijo, con tono de desaprobación, me la imagino con pelo rubio: teñido, agregó después de una pausa.

A la hora mi madre quiso salir a caminar y me pidió que la acompañara. Andaba muy insegura, necesitaba apoyo. Cruzamos la plaza de Olivos, calurosa y polvorienta, y me dijo quiero entrar a la iglesia. Mi madre no era religiosa.

Se sentó en un banco, acaso rezó, mientras yo caminaba por una de las naves laterales, mirando sin demasiada atención el interior de esta iglesia carente de toda gracia. Eso hicimos, mi madre y yo. Al salir me dijo: Yo no sé mucho de esos amores. Le propuse almorzar afuera y aceptó. Comió con insólito apetito.

No era verdad que no sabía, claro está. Veinte años antes, cuando el Charles Tellier estaba por partir rumbo a Le Havre llevándome a estudiar a Francia, al sonar la campana que llamaba a las visitas a bajar a tierra, me llevó a un lado y me dijo: En Europa hay mujeres mayores que buscan secretarias jóvenes pero en realidad lo que buscan es otra cosa. Sin más aclaración me besó y se fue, dejándome desconcertada. Le recordé el incidente mientras almorzábamos. De veras, dijo sorprendida, no me acuerdo para nada.



# Citas



## Ceremonias del Imperio

Mi madre, que no era de familia inglesa, había adoptado el culto del té con celo de conversa. Cuando en una confitería pedía un té siempre aclaraba “con leche fría” y agregaba, invariablemente, “hay que decirles porque nunca saben”. O bien, cuando llegaba la tetera de estaño, humeante, y tomaba el primer sorbo llamaba al mozo: “Mozo, esta agua no hirvió”. Recuerdo que en una ocasión un mozo, airado, le contestó que el agua había estado hirviendo desde la mañana. “No ves”, dijo mi madre triunfante, y al mozo: “Dícales en la cocina que hay que echar el agua en la tetera en cuanto rompe el hervor. Requetehervida tampoco sirve”. Yo procuraba mirar para otro lado para no ver la cara del mozo.

Los fines de semana, en casa, a mi hermana y a mí nos tocaba hacer el té. Sabíamos de sobra que no podíamos saltarnos ninguno de los pasos requeridos, desde calentar la tetera con

agua recién hervida hasta medir la cantidad exacta de té de Misiones (que no sería inglés pero que era bueno, se decía) porque mi madre descubriría nuestro descuido con sólo beber un sorbo.

A los tés de mi madre concurrían, a menudo, conocidos de mi padre, ingleses que viajaban por negocios acompañados por mujeres que no hablaban una palabra de español. En cuanto llegaban los maridos se enfrascaban en conversación con mi padre y a mi madre le tocaba entretener a las mujeres. Yo hacía de lenguaraz. Las mujeres, que en otra ocasión mi madre hubiera descrito como desabridas, eran en general amables, distantes, mal vestidas, y se admiraban de lo bien que yo hablaba inglés. También, invariablemente, alababan el té de mi madre, quien aprovechaba para pronunciar sus tres o cuatro palabras de inglés, dichas con dificultad: tankiu. O bien, al ofrecerles otra taza, ¿morrti?

Cuando se iban me tocaba traducir para beneficio de mi madre que lo habían pasado muy bien and tell your mother her tea was delicious. Mi madre me decía preguntales si quieren lavarse las manos antes de irse, do you want to wash your hands. En general no

entendían la alusión. En una ocasión una de ellas se rió mucho de mi sugerencia y me contestó que no, but do you think I should? Se rió el marido, también mi padre. Nunca más volví a hacer la pregunta.



## Gestos

Hace poco, sentada a la mesa, me sorprendí repitiendo un gesto de mi madre. Ya no recuerdo si estaba sola en la mesa o acompañada, la sorpresa fue tan fuerte que obliteró lo que me rodeaba, como una foto sobreexpuesta. Era un gesto trivial, anodino: tomar el borde del mantelito que se tiene delante y plegar el borde dos o tres veces sobre sí mismo en dirección del plato, como quien pliega el borde de una hoja de papel. Es un gesto que observé en mi madre durante el mes que pasé con ella después de la muerte de mi padre. Se había quedado sola. No quería comer. Creo que el gesto nació entonces, como distracción o rechazo, aunque quizá lo tuviera de antes. Pero antes yo no me fijaba en mi madre. En cambio, en estas interminables comidas compartidas, vigilaba su más mínimo movimiento, acaso porque me sentía responsable. O culpable.

Mi madre y yo nos parecíamos físicamente.

Mi madre se empeñaba en extender ese parecido al dominio de lo psíquico, cuando me llevaba de chica a un médico nuevo siempre prefaciaba su informe con la frase “Doctor, esta chica es un calco mío”. Uno solo de esos médicos, recuerdo, le pidió que esperara afuera; quería hablar conmigo a solas. No recuerdo qué preguntas me hizo pero sí recuerdo que nunca más volvimos a verlo.

Ya adulta, durante años me jacté de que, con toda deliberación, me había esforzado por no parecerme a mi madre. En cambio, intentaba parecerme a mi padre. Ahora este gesto mínimo, inconsciente, que se inscribió en la memoria de mi cuerpo cuando observaba a mi madre desamparada, me señala lo contrario. Es como si citara a mi madre, y la cita me inquieta porque no la puedo controlar.

Recuerdo que mi hermana, de adulta, empezó a hablar como mi madre, a citarla textualmente. Repetía esas frases hechas que, de chicas, nos divertía imitar: “Me vas a matar a disgustos” o “Las chicas de hoy ya no saben hacerse respetar”. Las decía con el mismo tono de mi madre, ese tono melancólico y resignado que caracteriza la doxa argentina. En mi caso no se trata de palabras sino de un pobre gesto,

insignificante. Puedo verlo como una burla a mis intentos de imponer distancia con respecto a mi madre o como un oscuro homenaje. Elijo lo último: es, como hubiera dicho ella, más llevadero.



## **Novela familiar**

Mi abuela, la madre de mi padre, como muchos inmigrantes ingleses de su generación, hablaba mal español. Le costaba decir tetera y decía (para gran hilaridad de su hijo, mi padre) una tetada de té. Se desesperaba de que yo no hablara inglés, que hubiera aprendido a hablar primero castellano, creo que no le gustaba demasiado que mi padre se hubiera casado con una Argentine girl aunque el hecho de que mi padre fuera a su vez un Argentine boy no se le pasaba por la cabeza. El inmigrante y el hijo del inmigrante se piensan en términos de lengua, son su lengua. Mi madre había perdido el francés de sus padres y era por ende argentina. Mi padre hablaba en inglés con su madre, con sus hermanas, y español con su mujer y sus amigos. A veces la gente le decía che, inglés.

Mi abuela, la madre de mi padre, murió cuando yo tenía cuatro años: recuerdo haberla ido a visitar poco antes de su muerte, recuerdo

haberle hablado, no sé en qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé, no me deja. De hecho, he recurrido a él en dos relatos, trying to make sense of it: en uno de esos relatos, un chico habla inglés y hace feliz a la abuela, en el otro se niega.

## Gramática

De chica exigí aprender francés, el idioma de la familia de mi madre, aunque mi madre no lo hablaba. Sus padres lo habían ido dejando, poco a poco, a medida que nacían más hijos. Lo habían hablado con los hijos mayores, ahora lo hablaban sólo entre ellos. Mi madre nació, podría decirse, monolingüe.

Empecé a hablarlo cautelosamente, con miedo a equivocarme. Aprendía las reglas gramaticales de memoria, conjugaba verbos antes de dormir. Mi francés iba a ser lengua nativa, como si no hubiera hiato entre mis abuelos y yo, tan nativa como mi inglés que no se había salteado ninguna generación. (El español no parecía tener genealogía: simplemente estaba). Les puse nombres franceses a algunas muñecas, las más lindas. La maestra de francés que venía a casa se admiraba de mi pronunciación.

De vez en cuando nos visitaban dos herma-

nas de mi madre, la primogénita, que sí había hablado francés con sus padres de chica y otra tía más joven que, al igual que mi madre, no lo hablaba. Un día les dije que yo sabía hablar francés y la mayor, acaso contenta de retomar un contacto con el pasado, me preguntó, como para probarme, qu'est-ce que tu vas faire demain. Yo le dije, con suficiencia de novata y limitado conocimiento de los verbos, que hablaba mal, que había que decir qu'est-ce que tu feras. Mi tía porfió que su frase era correcta; mi madre y mi otra tía, desde su ignorancia y porque le tenían rabia a su hermana mayor a quien los padres habían enseñado a hablar francés de chica, opinaron que yo tenía razón. Hubo discusión; mi tía mayor lloró, mi madre y mi otra tía se empeñaban, como quien practica una oscura venganza, que lo que hablaba María era cocoliche.

Al mes aprendí en clase las formas del futuro inmediato. Me di cuenta de que mi tía María tenía razón, pero nunca se lo dije.

## De los usos de la literatura

En el colegio me hacían aprender poemas en inglés, en español, en francés. Pocos recuerdo en español, aunque me quedan algunos versos inservibles en la memoria, “Amé, fui amado, el sol acarició mi faz” y alguno que otro verso de Bécquer. Del inglés, recuerdo fragmentos de Shakespeare, sobre todo fragmentos ya que en clase nunca nos era dada la ocasión de recitar el texto entero. La majestuosa e inolvidable inglesa con quien leímos la mayor parte de las comedias y tragedias, entre los nueve y dieciséis años, medía nuestro aprendizaje de manera extraña. Digamos que nos había asignado el parlamento de Shylock a Antonio en el *Mercader*. Entraba a clase, abría el registro, nos pedía que cerráramos los libros, y luego arbitrariamente señalaba a una alumna con un índice imperioso como una garra. *You!*, gritaba, y la conminada empezaba a recitar “Signor Antonio, many a time and oft”, pero el dedo

la interrumpía, apuntando enseguida a otra alumna, *Now you!*, y la otra empalmaba “In the Rialto has't thou rated me”, y luego a otra, *You!*, “About my monies and my usances”, y así sucesivamente, al azar, sin que se pudiera prever ningún orden salvo el que dictaba el caprichoso dedo. La destreza consistía en no distraerse, en estar alerta para que ese dedo inglés no nos agarrara desprevenidas y no lográramos acertar con el verso siguiente. A pesar de este método salteado, recuerdo buena parte de la tirada de Shylock, acaso por la injusticia de una situación que, como adolescente, me afectaba particularmente, acaso por la expresión *Jewish gabardine*, que nos divertía, acaso porque le teníamos miedo a la majestuosa inglesa. La literatura se reducía, en esas clases, a un juego de acertijos. No nos habría sorprendido que la inglesa, cuando alguien se equivocaba, hubiera gritado, como la reina roja, *Off with their heads!*

Descubrí otras ventajas de la literatura más tarde, a través del francés. Los parlamentos de Racine, también aprendidos de memoria, fueron vehículo de mis amores no correspondidos de adolescente, consuelo de los engaños que sufrí de adulta. Los celos de Fedra fueron los míos, cuando me descubrí implicada en un

triángulo amoroso del que no tenía sospecha, su “Comment se sont-ils vus”, para siempre sin respuesta, adquirió valor de mantra; los adioses de Bérénice, recitados de memoria mientras recorría desconsolada las calles de Buenos Aires, paliaron una separación definitiva. Pero esa es otra historia.



## **Levantar la casa**

Cuando murió mi padre mi madre decidió que la casa en la que habían vivido tantos años le quedaba grande (así dijo, como si se tratara de un vestido) y la vendió casi enseguida. Le dieron dos meses para desocuparla durante los cuales se dedicó a comprar un apartamento chico, a pocas cuadras, en el mismo barrio para no extrañar, dijo, y a reclamar nuestra ayuda para la mudanza. Como de común acuerdo, mi hermana y yo llegamos a Buenos Aires el mismo día, y empezamos la tarea de selección e inventario. Apilábamos objetos en cinco pilas que correspondían, o así nos parecía, a cinco categorías discretas: lo que iba a la nueva casa, lo que iba a remate, lo que mi madre no quería pero sí mi hermana y yo (categoría cuya subdivisión no era ajena a la discordia), lo que iba al ejército de salvación, lo que iba a la basura. Todo anduvo relativamente bien hasta que a mi madre se le ocurrió revisar la selección y dudó

de los criterios en que se basaba. Sacaba un objeto de una pila y lo colocaba en otro, esto quizá lo necesite, pero si eso va a remate a Guerrico, tu pila es la de mas allá, no, esa es la pila de basura, pero cómo vas a tirar eso si es recuerdo de tu padre, bueno quién decide aquí. Cuando terminamos era tarde, y estábamos las tres en malos términos. Posiblemente mi madre, que era insomne, haya seguido modificando las pilas durante la noche.

Años más tarde a un amigo le tocó levantar la casa de su madre que acababa de morir. Sus hermanas decidieron mandar toda la ropa, sin revisar, a una obra de beneficencia. Hasta tiraron el vestido de novia, decía mi amigo, al mirar por la ventana vi cómo cargaban esa preciosa bolsa en el camión, a quién, decía no sin razón, le va a servir ese vestido. La anécdota me pareció improbable, acaso apócrifa, pero eficaz. A la gente le gusta fabular adioses definitivos, sobre todo patéticos.

Y a propósito: al dejar la casa para ir a su nuevo apartamento, mi madre, con cara perfectamente inexpresiva, pasó la mano por el vano de una puerta, apretó una palma contra una pared, rozó lentamente con los dedos un picaporte. Estaba despidiéndose. Me llevó un

tiempo darme cuenta de que repetía una escena de un film de Garbo; mi madre, acaso sin saberlo, estaba citando. El hecho no disminuye la sinceridad del gesto: antes bien la confirma.



# **Disrupción**



## **Amor de hermanas**

Son tres hermanas, muy unidas, primera generación argentina de inmigrantes gallegos que las criaron con puño de hierro, empeñados en promover sus virtudes, casarlas bien, hacerlas subir de clase. Logran su cometido: la menor se casa muy joven con un abogado, no creo que fuera la más atractiva, por lo menos eso dicen. Este honor cabe a la del medio, extravagante, como de bataclán, decían las parientas menos caritativas. Ésta se casa ya mayor (en esa época mayor significaba después de los cuarenta) con un médico viudo con dos hijos. La mayor no se casa, sigue viviendo con los padres, cuidándolos hasta el final. Como se trata de una familia longeva, queda libre, por así decirlo, a los sesenta. Libre y muy cansada, recuerdo que de chica me impresionaba verle la cara tan arrugada y la sonrisa como un rictus, pero me gustaban sus ojos, azules, como velados. Pero cuando aparecía la extravagante todas las

miradas se volvían hacia ella. A menudo usaba turbante y se ponía en pose, como si estuviesen por filmarla, estoy lista, Mr. De Mille.

Fue la que murió antes, de la misma dolencia de que había muerto Eva Perón, dolencia a la que, en mi casa, sólo se aludía con rodeos. “La vaciaron”, decían de Evita, como si de algún modo fuera un castigo inevitable, acaso merecido. A su vez la hermana más joven envidó, y como habían sido las tres tan unidas, se fue a vivir con la que quedaba, la hermana mayor soltera. Vendieron la casa de los padres para no entristecerse, compraron juntas un departamento, iniciaron (con bastante entusiasmo, creo recordar) una vida nueva a pesar de su avanzada edad. Pregunté por ellas luego de unos años, curiosa por saber cómo se entenderían. No tan bien, me dijeron, apenas se hablan después de lo que pasó. Parece que al poco tiempo de empezar a vivir juntas, un día, sin razón aparente, la hermana mayor le contó a la menor que su marido muerto había sido amante de la hermana extravagante; que durante años, incluso cuando esta ya estaba casada con el viudo con dos hijos, habían seguido viéndose, en hoteles, en el auto, a veces en el baño de la misma casa, durante

alguna fiesta de cumpleaños, no podían dejar de verse. La hermana menor lloró, increpó a su hermana, se negó a creer lo que le contaba, siguió llorando cuando la otra le mostró cartas donde la hermana muerta la tomaba a ella, la mayor, como confidente y cómplice, exigiéndole, en nombre de la lealtad debida, el silencio. Después dejaron de hablarse: al poco tiempo murieron las dos, a dos meses una de otra, no de dolencias innombrables sino de vejez.

Yo quisiera saber qué llevó a la hermana mayor a revelar el secreto al final de su vida, cuando ya no había posibilidad de arreglar cuentas. ¿Acaso fue por eso mismo? ¿O para sentir el poder que le había sido negado su vida entera, a ella, la soltera, la sacrificada, que sin protestar cuidaba a los padres? Pero más que nada me sorprende esta historia pasional porque el marido réprobo me era conocido, era el hermano menor de mi madre, un tío torpe y algo brutal a quien yo le tenía poca simpatía. Me sorprende imaginarlo protagonista de esta pasión incontrolable que tendría que hacerme revisar la imagen que guardo de él. No lo logro; al igual que su mujer, llego demasiado tarde.



## Hija del rigor

Cuando murió mi padre, de pronto, en un accidente fuera del país, mi madre, que se había salvado, quedó completamente descolocada. Viajé a buscarla y la acompañé de vuelta a Buenos Aires. Estaba ensimismada, rara, miraba la luna y decía "Allí está papá". Pero sobre todo, las pocas veces que decía algo, hablaba de su infancia. Decía haber pasado hambre de chica, éramos tantos hermanos y mamá tenía que hacer milagros. Era la primera vez que le oía ese relato miserabilista y me sorprendió. Pero ustedes no eran pobres, atiné a corregir. No dijo nada, pero al día siguiente, a la hora de comer, me contó la misma historia, mientras doblaba una y otra vez su servilleta sin tocar la comida que tenía enfrente. Comé, le dije, como quien le habla a un chico, comé algo que te vas a enfermar, y dócilmente obedeció, manejando torpemente el tenedor con la mano izquierda porque tenía el brazo derecho enyesado. Esta

escena se repitió durante varias noches, sin que la historia del hambre que había padecido de chica variara, ni tampoco su inapetencia. Me di cuenta de que había proyectado la falta de mi padre hacia el pasado, que había desplazado una privación hacia otra. Estoy pasando hambre, me estaba diciendo, y no hay alimento que me sacie.

## Ruin

Un hombre muere y, en su caja fuerte, junto con algo de dinero que le deja a su amante, la madre de su hijo, deja todas las cartas que le ha mandado otra mujer, con quien mantuvo una relación paralela. Desde luego es la amante quien abre la caja. Él le había dicho: Todo lo que está allí es tuyo.

Después de las reacciones de rigor (indignación, odio, sobre todo una enorme pena, no tanto por su muerte como por la sensación de desperdicio) la mujer se pregunta qué hacer con las cartas. Podría devolvérselas a la otra mujer pero sería darse por enterada del papel que jugó en la vida del hombre que amaba, o que había alguna vez amado, y no quería ponerse en esa posición que la disminuía. Tampoco se atrevía a tirarlas, porque eran cartas de él, y porque las cartas no se tiran, aunque sean ajenas (lo había hecho con cartas de su madre a su padre y ahora se arrepentía). Y también

¿por qué no? porque pensaba que algún día, cuando ya no le importara, leería las cartas de principio a fin, con calma, sin que la lectura se le hiciera intolerable. Todo lo que está allí es de ella, él mismo se lo dijo. Cierra la caja fuerte después de tomar el dinero; cierra también el departamento, dejando esos vagos planes para algún futuro que nunca se da, porque se va con el hijo a vivir a Francia. Por cábala no vende, ni alquila el departamento. A lo mejor un día me tengo que volver a la Argentina y quiero un techo.

Años después, ya muerta la madre, el hijo vuelve a la Argentina. Casi como turista: habla mal español, se siente más cómodo en francés. Quiere levantar el departamento que fue de su padre, de quien tan poco le hablaba la madre, y cuando lo hacía era con amargura. Es como retroceder en el tiempo. El departamento está tal cual era hace diez años, la cama (recuerdo esa cama) a medio hacer desde entonces, las toallas colgadas en el baño, los repasadores en la cocina, ajados como si acabaran de secar la vajilla. Encuentra un par de fotos de un hombre que acaso sea y acaso no sea su padre. Quiere buscarse un parecido con él; no lo logra. Hace venir un cerrajero para que abra la caja fuerte

y encuentra las cartas. Se da cuenta por el tono de que son cartas de amor, soeces algunas, sentimentales otras, la autora se dirige al destinatario con un nombre privado, acaso secreto, y se firma también con sobrenombre: no comprende la mayoría de las alusiones. Deduce (aunque al comienzo no reconoce la letra) que son cartas de su madre a su padre, deduce que se quisieron mucho. El hecho lo tranquiliza y le permite hacerse una imagen del padre. Vende el departamento y se vuelve con las cartas a Francia.

Yo habría podido ser la mujer que encontró las cartas; o la que las escribió. He cambiado detalles, he inventado otros, he añadido un personaje. La ficción siempre mejora lo presente.



## Clair de lune

Mi hermana murió un primero de año, uno de sus hijos la encontró al día siguiente: tumbada junto a la cama, muerta de una hemorragia, ya rígida. La actividad que siguió a su muerte fue afiebrada, como si mis sobrinos y yo hubiéramos querido arreglar todo muy rápido, poner orden en lo que había sido una vida a la deriva. Fui a ayudarlos, nos ocupamos del entierro, de los trámites, terminamos todo en tres días, cuando se desencadenó una terrible tormenta de nieve. Alcancé a tomar el último avión que salió del aeropuerto, justo antes de que lo cerraran, como me había ocurrido tantas veces en Buenos Aires en vísperas de estado de sitio. Volví a casa aliviada, como quien ha escapado a un peligro, casi vacía.

A los dos días viajé al Caribe, para descansar, para no pensar en mi hermana. Fue una semana extraña, como una paradoja viva, con ese cielo desorbitadamente azul, ese mar

transparente en cuyo fondo se veía, de cuando en cuando, alguna raya gigante muy quieta, al acecho. Era una isla escasamente habitada, abastecida por barcos que llegaban de otra isla más importante, y cuya economía dependía exclusivamente de un turismo improvisado y barato. Alquilamos un pequeño apartamento que daba por el frente a la playa, por detrás a un terreno baldío, alambrado, cuya utilidad a primera vista no era clara.

Dormí mucho en esos días. Una noche, sin embargo, me desvelé. Me acordé de mi hermana, no podía sacarme de la cabeza un incidente justo después del entierro. Habíamos salido un momento, mi sobrino y yo, y al volver me atajó su mujer, asustada. La vi a su hermana en televisión, me dijo en voz baja y pensé que deliraba. Me explicó que habían dedicado un segmento del noticiero al aumento de actividad comercial durante las fiestas de fin de año y que de pronto había aparecido mi hermana en la pantalla, en un negocio de bebidas, con andar inseguro y un botellón de whisky bajo el brazo, haciendo cola para pagar. Estaba con anteojos negros pero era ella; la habían filmado el día antes de morir. No quiero que él vea el noticiero esta noche, me dijo la mujer de mi sobrino, a lo

mejor repiten el mismo segmento, no quiero que la vea, decía, él fue quien la encontró muerta. Yo en cambio hubiera dado cualquier cosa por ver ese noticiero. No tenía imagen reciente de mi hermana viva. La luz de la luna llenaba el cuarto y como no podía dormir salí al balcón de atrás. Me costó apenas acostumbrar la vista porque la luna llena lo iluminaba todo. En el terreno baldío, blanco de luz, había cuatro o cinco vacas que brincaban y se empujaban juguetonamente, al parecer excitadas por la luna. Mugían de puro deleite, parecían muy contentas, y me sentí extrañamente reconfortada. Yo nunca había visto bailar vacas a la luz de la luna. Pero tampoco había visto nunca a una mujer muerta en la pantalla de televisión el día de su entierro. Me persiguen, nítidas, esas dos imágenes: una vista, la otra imaginada, las dos inolvidables, para siempre juntas.



## **Atmosféricas**

En septiembre del 2001 cambió el tiempo, mi tiempo, quiero decir. No me refiero a que los acontecimientos del 11 me hayan hecho sentir frágil, con un futuro incierto, aunque todo eso se dio. Me refiero a la temperatura, a las estaciones, como si el ataque hubiera desordenado algo en mí de manera mucho más profunda. El día del atentado hacía un tiempo magnífico en Nueva York, de primavera más que de otoño, con un cielo muy claro y un sol radiante. Así como quedaron fijas las agujas de muchos relojes cercanos a la catástrofe, quedó suspendido el clima, en un buen tiempo inamovible, durante semanas, meses. Se esperaba el invierno pero el invierno no vino. Las plantas empezaron a brotar como si comenzara la primavera, el cielo siguió azul, apenas llovió. Fue entonces cuando empecé a soñar con Buenos Aires, noche tras noche. Fue entonces cuando me sorprendí pensando en mi madre,

mi padre, mi tía, mi hermana: todos muertos. Eran recuerdos o sueños (no estoy segura de poder distinguir entre los dos) de un pasado muy lejano, cuando todavía no sabía que no iba a pasar el resto de mi vida en Buenos Aires, recuerdos de niñez, de adolescencia. Sueños (o recuerdos) de tonos de voz, de expresiones enterradas en mi memoria, de imágenes sueltas, desconectadas, en general felices, a pesar del ruido de helicópteros que también contribuía a que se me mezclaran las dos ciudades. Creo que el tiempo, ese radiante otoño suspendido, tuvo mucho que ver con mi desorientación, el tiempo que se me antojaba el de Buenos Aires: como hacía calor en octubre haría todavía más calor en noviembre, terminarían las clases, y para Navidad habría olor a fresas y a jazmines.

Ese desfasaje me persigue, impide que me instale del todo en la cronología corriente, mucho menos en esas estaciones invertidas cuyas temperaturas, cuando hace años cambié de hemisferio, me costaron un largo aprendizaje. Ahora es abril pero a veces creo que estamos en septiembre. Sé que estamos por entrar en verano pero hay días en que algo me dice que está por llegar el invierno, con sus lluvias y su humedad, casi lo presiento en el viento fresco

que a veces sopla por la tarde. Y también lo presiento en el ladrido desolado de un perro que me llega desde el fondo de manzana, que es el de aquel perro de la casa del fondo, en Olivos, que ladraba de tarde cuando tenía frío. Estoy en Buenos Aires, me digo, estoy en casa de mis padres. No, no me he ido. Está refrescando, mejor que entre.



## Índice

Familia

Casa tomada

Curas

Costa atlántica

Homenaje

Schnittlauch

Saber de madre

Enfermedad

Pariente

Viaje

Últimas palabras

San Nicolás

Misiones

1914

Vichy

Patagonia

Varia imaginación

Citas

Ceremonias del Imperio

Gestos

Novela familiar  
Gramática  
De los usos de la literatura  
Levantar la casa

Disrupción  
Amor de hermanas  
Hija del rigor  
Ruin  
Clair de lune  
Atmosféricas

Biografía  
Créditos